

Terminó el invierno. Con los primeros rayos del sol de la primavera, se reveló el color en las copas de los árboles. Las flores aparecieron dibujando un paisaje cálido y apaciguado. El sol se refleja en los cristales de los edificios, llega a todos los rincones, lo invade todo. Aquí sigue lloviendo. Desde este lugar puedo observar a la gente en la plaza, pasean al perro, hablan entre ellos, intercambiando opiniones y vivencias, son seres sociales, se relacionan entre ellos por necesidad innata en foros públicos o privados. Yo ya no quiero cantar. Hoy no bajare allí donde brilla el sol. Soy un niño con zapatos viejos. Se perdió, se fue, se disipó y ya no volverá nunca más. Ahora reina el hastío y llueve siempre. Las noches son frías, los días ya no son tales. Todo se ha desproporcionado. La tristeza y la ira mataron a la alegría. Yo lo vi desde una esquina y no avisé a la policía. Pero los pájaros siguen volando. Mi abuelo se ha ido al cielo. Solo los pájaros le escuchan reír. Cuando se posan en las coloridas copas de los árboles, cantan y cuentan todo lo que él les dijo allá arriba. Por eso, ya no quiero cantar, prefiero escucharles aún cuando llueve. Ya no sé lo que es verdad y lo que es mentira. La televisión no cuenta la verdad. Tampoco lo hace el gobierno del país en el que vivo. Somos una generación de hombres criados y educados por mujeres. Para cuando una presidenta de gobierno? Vivimos bajo el yugo de la globalización y el consumismo. Los artesanos se han quedado sin futuro, por un presente que ha borrado su pasado. Los niños se pelean discuten, a veces lo hacen con maldad, creo que lo aprendieron en televisión.

En mi barrio habitan personas que no disponen de la autorización para existir dentro de un territorio acotado por límites geográficos marinos llamado España. Ese pedazo de tierra ya existía antes de que nadie lo bautizara, Que derecho tenemos a decidir quien puede vivir en él? Las vecinas no piensan lo mismo que yo, ellas creen que vienen a quitarle el trabajo a sus hijos. Los hijos de mis vecinas son adictos a la heroína. A menudo trapichean y deambulan por los alrededores del barrio, sus madres aún los aman, porque el hijo que un día parieron sigue preso dentro de un cuerpo transformado en el de un monstruo capaz de matar por conseguir un paquetillo que aplaque su sed. En este barrio del que hablo alguien se olvido de construir un colegio, y la única ciencia que se aprende allí es la de la calle.

A menudo recuerdo una frase de un chico llamado José, que con diecinueve años abandonaba por primera vez la prisión tras seis meses de penuria: "Chico, hay

que buscarse la vida". José era adicto a la heroína. Ahora José está muerto. Alguien se olvidó de enseñarle a sobrevivir. Nunca me dijeron que los chicos de mi barrio podían ir a la universidad. A decir verdad la administración no lo pone fácil. José no lo sabía. Camino por las calles de la ciudad, me siento forastero alejado de mi pueblo. Las personas más mayores se paran y recuerdan los tiempos del generalísimo y las penurias que les hizo pasar. Me pregunto si serán tiempos mejores ahora. La democracia es mentira. El pueblo ya no tiene la palabra. Se la robaron sus representantes. El pueblo ya no quiere ser representado. El rey se va de vacaciones a Mallorca mientras termina los preparativos de la boda de su primogénito. El rey del país en el que yo vivo no trabaja, está parado, pero nadie lo ve en la cola del I.N.E.M. Yo tengo un empleo. Soy cocinero y trabajo para una multinacional del mundo de la pizza. Es un trabajo por horas en el que saco lo suficiente para estudiar aquí sin tener que recurrir a mi gente en el pueblo. La administración educativa no lo pone fácil a la gente del lugar del que yo vengo. Mi jefe no tiene estudios. Mi jefe gana más del doble de lo que gano yo. Yo podría hacer el trabajo de mi jefe dos veces mejor. Mi jefe es familia de un alto cargo de la multinacional. Mi sitio está en la cocina. Mi abuelo ha fallecido esta mañana en un hospital público de mi pueblo, yo no me encuentro bien. Para mi jefe no es para tanto pero no le importará que falte un día, aunque al siguiente me apuntará las horas que he faltado para hacerlas en otro momento. No es su problema. Su problema se llama dinero. A mi abuelo no le gustaban las pizzas. En ese hospital público trabaja mi madre. Me crié con ella. Mi papá se fue. Mi mamá no tiene tanto dinero como mi jefe, pero tiene tres hijos y eso la hace feliz. Su padre falleció esta mañana entre sus brazos. Mi abuela llora cuando me ve, piensa que mi jefe es un hombre bueno, que me dió el día de permiso para estar con mi familia. Mi abuela no sabe que yo no tengo vacaciones. Nunca. Los políticos dicen que se necesita reformar el convenio de los trabajadores. Nunca tendré vacaciones. Nadie valorará lo que hago. A mis profesores no parece importarles demasiado que necesites dormir tras estar seis o siete horas de pié, porque si te apuntas a su clase es para poder ir. Para poder ir a su clase yo tengo que ir la noche antes a trabajar, pero eso no es problema suyo. Pocos compañeros de mi trabajo estudian. Sus familias necesitaban dinero. Al restaurante en el que trabajo acude gente de todo tipo, en su mayoría extranjeros y en gran parte familias, normalmente de la clase media alta. No suelo ver a los hijos de los trabajadores comer allí. Cuando veo alguno me da mucha pena. Conozco una pequeña pizzería en las afueras alejada de la zona de comercios de la ciudad. Está regentada por una

pareja de italianos que cocinan de forma artesanal en un pequeño horno. Los precios son bajos. Nunca he visto una cola en ese local como las que veo cada sábado en el local donde yo trabajo. Las pizzas son originarias de Italia. El local en el que trabajo pertenece a una multinacional norteamericana. Los Estados Unidos de América son la primera potencia mundial, desde un punto de vista económico. Pueden comprar todo lo que necesitan. Pueden comprar otros países, o invadirlos en su defecto. No pueden comprar la dignidad de sus habitantes. Aun así, los norteamericanos lo han intentado con los habitantes de mi país. Nosotros no queríamos, pero alguien decidió apoyarles en su cruzada por el control total y definitivo del planeta tierra. El planeta tierra, no pertenece a nadie. Nosotros pertenecemos al planeta tierra. El planeta tierra es el último en enterarse de las malas pasadas que le pasa el hombre ( su producto más destructivo ). Pero a él no le importa porque siempre sabe pagarle con su misma moneda. Es paradójico, pero el hombre le quita la vida a quien en un primer momento se la dio a él.

El dinero mueve al mundo. No. El mundo se mueve él solito, pero el dinero hace a sus habitantes enloquecer, pisotear, vilipendiar, malversar, mentir, matar, morir... No me gusta el mundo en el que vivo. La democracia no existe, solo es un espejismo. Nos creemos libres en un sistema social que nos atrapa y nos exprime, saca toda la productividad que llevamos dentro, pero no deja un espacio para la creatividad, el desarrollo personal o la iniciativa propia. Vivimos en un mundo en el que sólo tienen futuro quienes tienen dinero, y en el que solo tienen dinero aquellos amigos de aquellos que tienen poder. El resto, que casualmente es la mayoría de la sociedad, no puede cambiar el sistema de democracia representativa que le obliga a acatar los dictados del gobierno. A la mayoría la educan para no quejarse. A la mayoría de la mayoría no la educa nadie. Nadie puso más de un colegio en las peores zonas de la ciudad, nadie mando allí a los mejores especialistas en educación, nadie dotó estos centros de medios, por lo que nadie tiene la culpa de que a esos niños hoy se les denomine delincuentes y no tengan más medios que un trabajo precario para personal no cualificado en los mejores casos. Ninguno de ellos es culpable, pero todos responderán ante la justicia por sus actos. En el mundo en el que yo vivo, se asume la miseria como algo habitual y de ella surgen valores como la humildad y la solidaridad. En este mundo los chicos de los barrios más desfavorecidos no van a clase. Son pobres, pero todos llevan las zapatillas más caras del mercado. Pocos las compraron. Muchos de ellos venden drogas blandas como hachís, o alguna más dura como la cocaína a chavales de su barrio. Sus

novias son niñas. Muchas de estas niñas paren niñas. Así parece que ha de ser el nuevo modelo de familia. Comprar una casa en la que vivir siempre es una ilusión para quien la elige. Ninguna de estas nuevas familias esta en disposición de comprar una vivienda. Las viviendas tienen precios tan altos que resultan inalcanzables para los trabajadores de clase media. Conozco a un hombre que compró una casa el año pasado. Está en una buena zona de la ciudad. Para poder comprarla tuvo que pedir una hipoteca. Cada semana trabaja muchas horas extra para poder hacer frente a los pagos. Está tan cansado que no puede salir a la calle cuando llega de trabajar. Trabaja todos los días de la semana y nunca sale de casa. Él ya no desea vivir allí, preferiría vivir en el peor barrio de la ciudad y poder salir de vez en cuando y tener algo de dinero para gastos personales. Perdió todas sus ilusiones y aficiones y se centró en la televisión. A mi modo de entender las cosas, este hombre es un infeliz. Para el gobierno es un buen ciudadano. A este hombre ni siquiera le gusta su trabajo. Él solo quería un techo bajo el que cobijarse.

Mi padre solía apoyar la idea de una visión alienadora de la religión trascendiendo de su mera función de marcar unas pautas éticas para sus seguidores. Pienso que en la sociedad actual la función alienadora la cumplen los medios de comunicación. Vivimos en una realidad virtual. La realidad está mediatizada por los intereses de los grandes grupos ideológicos. Los grandes grupos ideológicos arrastran poderosos intereses económicos relacionados con las transacciones internacionales y el libre comercio. La realidad se adapta a los intereses de estos grupos económicos y empresariales. Los gobiernos actúan en función de estos intereses. La realidad que percibimos es la que se nos deja ver. Los intereses de los ciudadanos ya no importan. Nos han vendido un sueño, un modo de vida impuesto. Un coche, una casa, un trabajo, un Mcdonalds, vacaciones en la playa,... Mi vida no es esa. No la quiero así. No podría ser así jamás.